

DE LA INTIMIDAD¹

Max Hernández*

En su larga historia la palabra “intimidad” y sus derivados han recogido varios significados que se deslizan en la forma en que son usados en el lenguaje coloquial. Son habituales expresiones como “no es lo que Juan piensa en su fuero más íntimo”, “Pedro y Pablo son íntimos”, “la boda fue realizada en privado, solo asistió un grupo íntimo”, “todo el mundo sabe que Juan y Juana tienen intimidad”. En algunos casos aluden a los sentimientos y pensamientos de una persona, a la vida privada de un individuo o a un aspecto esencial de la singularidad del sujeto; es decir, al ámbito de lo subjetivo. En otros, son utilizadas para describir aspectos de la amistad y de la familia, el carácter reservado de un evento o como sinónimo de relaciones sexuales; esto es, para referirse a ciertos tipos de vínculos.

La raíz latina *intus* (dentro) está presente en la palabra “intimidad”, que de acuerdo al diccionario se refiere tanto a la amistad íntima o a la zona espiritual íntima y reservada de una persona o de un grupo, especialmente de una familia. Ambas acepciones exigen distinguir entre aquello que debe ser “íntimo y reservado” en una cultura en un determinado momento y aquella zona espiritual “íntima y reservada” que traducida a nuestro lenguaje sería aquel *topos* psíquico ignoto. En el primer caso, es un asunto sujeto a cambio y en el segundo, algo relativamente estable que tiene un espacio, así sea virtual, en lo que estamos habituados a llamar el aparato psíquico. La intimidad es la versión abstracta del adjetivo “íntimo/a”, que designa lo más interior o interno o algo perteneciente

1 Ponencia presentada en el XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: “Vínculos y Soledades”. Setiembre, 2015. Lima, Perú.

* Psicoanalista con función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Miembro Honorario y Fundador de la SPP.
<maxhercam@gmail.com>

o relativo a la intimidad y que aplicado a una amistad denota que es muy estrecha y a un amigo, que es alguien muy querido y de gran confianza.

En la “zona espiritual íntima y reservada de una persona” confluyen dos acepciones del adjetivo: “lo más interior o interno”, “perteneciente o relativo a la intimidad”. El étimo *intus* también está presente en las palabras ‘interno’, ‘interior’, ‘intrínseco’ y en el prefijo “intra”. “Interior”, como observa Jacques Alain Miller, es un adjetivo que tiene un valor comparativo, mientras que “íntimo” tiene un valor superlativo, lo cual puede ser útil para adentrarse en el tema. Repito: “lo más interior o interno”. ¿Cuál es ese lugar del psiquismo? ¿Cuáles son sus contenidos? Hace ya un buen tiempo, en los inicios de nuestra profesión, cuando la teoría estaba en plena construcción, nuestros colegas de entonces hubiesen podido responder casi de inmediato a la primera pregunta que ese lugar, ese *topos*, es el inconsciente, la otra escena. Y a la segunda, dado que el paradigma clínico era que la perversión es el negativo de la neurosis (o de la normalidad), habrían dicho que son los contenidos sexuales reprimidos ligados a las zonas erógenas.

Años más tarde, cuando el influjo de Melanie Klein llevó a poner énfasis en un par de posiciones enmascaradas por la neurosis, cuyos nombres indicaban una estirpe psicótica, la respuesta de cajón a la segunda pregunta habría sido que los contenidos del núcleo más íntimo del psiquismo son las fantasías inconscientes y los objetos internos de las pulsiones de vida y de muerte. Sin embargo, más o menos por ese mismo tiempo, había quienes habrían dado una respuesta marcada por la impronta del giro lingüístico que aludiera a aquello que se insinúa en los tropos del lenguaje y que se puede atisbar a través de sus rendijas. Muy poco después, tal vez se habría intentado una respuesta más comprensiva sirviéndose de las palabras de Hans Loewald para referirse a aquello que se capta en la “densidad primordial” del material clínico.

Hoy los datos provenientes de la exploración de los estados *borderline*, las patologías narcisistas identitarias, el trauma, las adicciones y los trastornos del espectro autista, parecieran exigir que los límites de la teoría y la técnica se amplíen y profundicen. En el campo así abierto, las preguntas sobre ese lugar del psiquismo circunscrito por la palabra “intimidad” y los contenidos que podemos llamar “íntimos”, en el sentido más radical del término, llevan a ensayar respuestas más tentativas. Si uno se pone a pensar en el marco de lo que llamamos el psicoanálisis contemporáneo, en esa intimidad radical o en lo que hay en ella, podría, hoy por hoy, responder haciendo eco de las palabras de Wilfred Bion: la experiencia de *at-one-ment*. O, inspirado por Julia Kristeva, cuya

Revuelta íntima conviene recordar, diría que es aquello que está en las fronteras de lo representable-pensable-imaginable.

Hay también quienes se referirían a aquello que corresponde a lo que Donald Winnicott denominó, con cierto guiño heideggeriano, “el aposentamiento (*In-dwelling*) de la psique en el soma” (1965, p. 68), es decir, el “logro de una relación cercana y fluida entre la psique y el cuerpo y su funcionamiento” (1965, p. 68). Apenas un guiño pues como él mismo escribe, trabaja desde el yo corporal. Los cuidados maternos —todo lo que la madre hace para y por el bebé y en especial el *holding*— configuran la primera representación de la madre y hacen posible la experiencia del cuerpo como un lugar seguro donde vivir. La noción de psique comprende “*la elaboración imaginativa de las partes somáticas, sentimientos y funciones*, esto es una vitalidad física” (1958, p. 244).

Pareciera entonces que el lugar de esta intimidad radical es aquel que se atisba durante el proceso analítico al “adentrarse” en los meandros por los que discurren los más tempranos procesos que culminan a la par en la constitución del sujeto y la capacidad de simbolizar, *conditio sine qua non* para la transformación de las tempranas impresiones sensoriales, registradas en las huellas mnémicas, en representaciones, esto es, la expresión psíquica de fenómenos biológicos. En este punto las respuestas siguen senderos divergentes... o secretamente convergentes, no lo sé. Al investigar esos meandros, Christopher Bollas encuentra lo sabido no pensado (*unthought known*); Judith Mitrani llega a las experiencias primitivas de estados corporales menos inconscientes que no mentalizadas, es decir, memorias corporales “atrapadas en el dominio de lo no pensado”; y Rene Rousillon a los procesos de simbolización primaria que tienen lugar en los inicios de la subjetivación.

Estos procesos auto y heteropoiéticos que anteceden a la constitución del sujeto pueden actualizar experiencias en la vida adulta. En lo que sigue he de enfocarme en esta clase de experiencias en la que la realidad psíquica y la realidad externa acaecen en un mismo espacio-tiempo, en la que la separación entre el sujeto como agente y como objeto de la experiencia se minimiza. Estas experiencias están acompañadas de una sensación de unión mente-cuerpo y a la vez de conexión con el mundo externo en su totalidad. Intentaré ubicarla en el marco de nuestra teoría.

Si la experiencia tiene lugar en la dimensión intrapsíquica, uno podría decir que son vivencias cercanas a aquella sensación de pertenencia al todo, de estar inmerso en un océano, cuando el yo se siente en unión con el universo, lo que Romain Rolland llamó “sentimiento oceánico” y que Freud pensó que se

trataba de un fragmento de la incipiente conciencia infantil pre-reflexiva —*sit venia verbo*— propia de los momentos en que el bebé empieza a diferenciarse de su entorno humano y no humano. Es decir, el primitivo sentimiento del yo (*ego-feeling*) que precede a la creación del ego.

También podría pensarse en las vivencias pertenecientes a la “experiencia estética” que Donald Meltzer y Christopher Bollas coinciden en vincular a la unión primordial de la madre y el bebé. Para Meltzer representa la solución creativa al “conflicto estético” que enfrenta el infante en los inicios de su vida ante la “belleza y misterio” de la madre si es que consigue superarlo. Se abre entonces una experiencia emocional de la belleza del mundo y su organización. Para Bollas la experiencia estética recrea un recuerdo (*memory*) muy temprano cuando el *reverie* era provisto por el cuidado y atención materna. La amorosa sintonía del ambiente facilitador maternal con los estados iniciales de la psique infantil configura el momento estético en que el bebé es acunado en un espacio virtual y un tiempo sin tiempo.

En términos más prosaicos, la interacción entre el organismo infantil y el medio ambiente facilitador provisto por la madre va modulando las tormentas pulsionales, atenuando los cambios y regulando los afectos del sujeto *in statu nascendi*. La experiencia de esta “interpenetración armónica” —en las palabras de Michael Balint— entre un ser en desarrollo y el ambiente está en la base de la importancia de las relaciones objetales a lo largo de toda la vida. Esta experiencia íntima del infante, posibilitada por la madre, ocurre si todo va bien, si los *impingements* son tolerables. Entonces puede tener lugar la salida “del solipsismo del narcisismo”, en la precisa formulación de Rousillon. Este suceso extraordinario y cotidiano abre al sujeto al mundo y deja una nostalgia de la unidad perdida. Tal vez estas líneas de Paul Valery en la traducción de Javier Sologuren expresen en palabras la vivencia adulta de tal experiencia: *entre el vacío y el suceso puro/ de mi íntima grandeza el eco aguardo*.

Pero cuando aparecen las ansiedades primitivas, los terrores sin nombre, y la representación del sí mismo y de la madre aún no se han establecido, se produce una ruptura de la continuidad del existir (Giannakoulas et al., 2000) y una paralización de los procesos de subjetivación. Como consecuencia de esto el infante se encierra en un solipsismo narcisista, la mente se autonomiza precozmente para actuar como un sustituto materno (Winnicott, 1993. Corrigan y Gordon, 1995) o el cuerpo, expropiado por el deseo o por las angustias de la madre, no es sentido como fuente de la pulsión. De estas dos vicisitudes puede provenir un conjunto de experiencias no enunciadas que vale la pena situar

en el espacio dialógico del *setting* analítico. Hay que tomar en cuenta que esta parálisis se instala en la intimidad intrapsíquica de algunos pacientes y es vivida como un vacío en el centro mismo de su existencia, una falta intolerable en su ser o, como hubiese dicho Ronald Laing, una inseguridad ontológica que los lleva a encerrarse dentro de sí mismos. Estos casos, al igual que las secuelas de traumas severos, los trastornos identitarios del narcisismo, las depresiones, las psicopatosis son la evidencia clínica de fallas en “el aposentamiento de la psique en el soma”, en tales situaciones la tarea analítica demanda algo como lo que Mario Bertolini y Francesca Neri han llamado “trabajo psicofísico pre-simbólico” (*lavorio psicofísico presimbolico*).

De lo dicho se desprende: 1) que esta zona íntima en la que se da la articulación constitutiva de la psique con el soma es una zona *límitrofe* entre el infante y la madre y 2) que la intimidad intrapsíquica en donde se instalan las fallas en dicho aposentamiento es menos “lo más interior o interno” que el límite mal consolidado entre dos “interioridades”. Es decir, la zona íntima es una tierra de nadie y los límites del sí mismo son porosos. Por lo tanto, es lógico que las consecuencias de estas fallas tempranas, den lugar a patologías *límitrofes*. Uso esta palabra cuya etimología (*limis* y *trophein*) recuerda que las guarniciones fronterizas de la Roma imperial buscaban su alimento a ambos lados de la línea de la frontera².

En este momento es menester interpolar una larga digresión. En 1941, cuando las *Controversias* de la Sociedad Británica, Alix Strachey publicaba un artículo en el que advertía que al decir “interno” no siempre queda claro si estamos distinguiendo entre lo que está adentro, lo que es mental y lo que es imaginario. Si la palabra “interno” es usada para referirse a fenómenos que tienen “una existencia objetiva en la esfera mental”, a creaciones como los sueños, delusiones y ensoñaciones y también para aludir a objetos, situaciones y eventos imaginados dentro del cuerpo (p. ej. un lobo devorando las entrañas u ocupado por completo por un pene) se corre el riesgo de confundir el “mundo interno” con el “mundo imaginario”, un sentimiento con los fenómenos imaginarios que lo acompañan o procesos con fantasías (p. ej. identificación con incorporación).

Strachey comenta que el uso equívoco de la palabra “interno” es menos la causa que el síntoma de una dificultad inherente a la naturaleza y estatuto

2 André Green (2010) propone la idea del doble límite, parte de una tópica ampliada (intra e intersubjetiva) y los efectos dinámicos de un objeto libidinal y narcisista.

de las fantasías sobre lo que ocurre dentro de nuestros propios cuerpos y los cuerpos de los otros. Señala que pese a ello es de capital importancia distinguir entre las funciones psicológicas y las producciones imaginarias situadas en el interior o en el exterior. El problema estriba en que las propias fantasías del analista acerca de lo interno inciden en su práctica clínica: puede negar por completo su existencia o, por el contrario, darles valor absoluto.

Un término acuñado en los años 1959 y 1960 por Jacques Lacan que curiosamente no está consignado en el *Diccionario de Psicoanálisis* de Roudinesco y Plon, permite ver este asunto desde otra perspectiva teórica. Me refiero al neologismo “extimidad” (en francés *extimité*). No se trata de un antónimo de intimidad, es una expresión afín a las formas paradójicas del juicio que responde a la lógica o, mejor aún a la “topológica” de la cinta de Möbius en la que se da un *continuum* entre el adentro y el afuera. Es una suerte de oxímoron, esa figura retórica que une dos expresiones que tienen significados opuestos, que en este caso sirve para referirse a una “exterioridad íntima”. Al juntar exterioridad con intimidad se pone en tela de juicio la distinción a la que estamos tan acostumbrados entre mundo exterior e interioridad psíquica o intimidad. De estar con lo propuesto por Jacques-Alain Miller, la extimidad designa de manera problemática lo real en lo simbólico. Comentando los seminarios de fines de los años sesenta, cuando el sustantivo da lugar al adjetivo “éximo”, dice que lo íntimo sería una suerte de Otro, algo así como un cuerpo extraño, un parásito que viene del afuera.

En todo caso, al desestabilizar la oposición interno/externo, lo éximo permite pensar la cercanía —por no decir identidad— de lo que está allá afuera y lo que está acá (muy) adentro. Es un concepto que busca escapar a las dificultades que provienen de situar la psique en la bipartición entre lo externo y lo interno, división que, si lo pensamos bien, no sirve de mucho para ubicar el lugar que ocupa un síntoma o un lapsus, o las zonas con tan alto potencial erógeno en las que la piel se une a la mucosa y donde el adentro y el afuera coalescen, o la sexualidad, pues en ella la fantasía es un articulador inconsciente entre el objeto y la excitación. Lo éximo permite referirse a una conexión, a un quiasma, a una intersección del “mundo psíquico interno” y el “mundo físico externo”.

Luego de esta larga digresión referida a las cautelas que propone Strachey y a la topo-lógica de Lacan, me doy cuenta de que lo que había dicho acerca de la palabra “intimidad” —en la que está presente de manera implícita su contraparte exterioridad— podría acarrear un uso equívoco de la palabra “interno”. Tal vez debería hacer un alto para repensar el asunto. Pero no lo voy a hacer.

Me contento con señalar que la frontera de la dualidad intimidad-exterioridad se hace permeable o, como dice David Pavón-Cuéllar, desaparece. Si la exterioridad está como incrustada en la intimidad, y la intimidad, abierta a la exterioridad, ambas son más bien una extimidad ya que no existe ni intimidad ni exterioridad.

Lo que ha permitido la exploración clínica de las patologías severas —que he agrupado bajo el nombre de patologías limítrofes— es reafirmar lo que Freud (1911) señaló en una modesta nota al pie de página citada a menudo por Winnicott: que la clausura sobre sí del “narcisismo primario” es comparable con la del polluelo dentro del huevo, pues ese estado primordial, total y unitario de la psique en el que sujeto y objeto son idénticos incluye como propia la función nutricia de la madre. Los procesos de subjetivación *no empieza[n] desde lo subjetivo... parte[n] de un estado previo a la diferenciación que establece la subjetividad a un estado en el cual ésta adviene* (Loewald. 1988, p. 72). Una condición necesaria para el advenimiento del sujeto es que sea un sujeto para la madre, ese otro que no distingue de sí mismo. Es decir, el infante humano antes de ser sujeto para sí es sujeto para otro.

Muchas veces nos movemos en las zonas limítrofes, por ejemplo cuando se privilegia alternativamente el límite o las zonas que éste demarca, o se pone el énfasis ora en la línea de demarcación, ora en los desplazamientos. Es por esto que no nos llama la atención que un paciente diga a su analista mujer: “Me pasa que cuando estoy con X (su esposa) pienso en otras mujeres”, y que luego de un silencio continúe con: “es lo mismo que pasa con la masturbación, la pornografía o las películas eróticas”, y que la analista inicie su interpretación diciéndole: “la mujer que está en su deseo...”. Subrayo “en su deseo”. ¿Se trata de un objeto interno presente en un deseo activado por la transferencia a la analista mujer? ¿O de un deseo en busca de un objeto? Lo que se podría decir es que la mujer de su deseo, o la que él desea —el singular empleado por la analista parece implicar que se refiere a una mujer ideal o a un *collage* de muchas mujeres— es a la vez objeto y causa del deseo.

Pero volvamos a la relativa seguridad del diccionario. Existe otra acepción del término “intimidad” que alude a la amistad íntima o a aquello que un grupo, especialmente una familia, considera como algo íntimo. El adjetivo “íntimo” indica cierta cualidad de un vínculo: que es muy estrecho o que se tiene con alguien muy querido y de gran confianza. ¿En qué medida esta acepción de “intimidad” nos concierne como psicoanalistas? Para intentar responder a esta pregunta quisiera referirla al *setting* en el que tiene lugar la *talking cure*, sin olvidar

que ese *setting* y esa *talking cure* que empezaron a ser intuitivos por Freud en “el contexto ibseniano de fines del siglo XIX”, como recordaba Jacques Lacan, no han permanecido inalterables.

Empiezo por lo segundo. Los momentos iniciales del psicoanálisis tuvieron lugar a principios del siglo XX. Cuando el siglo terminaba, el contexto era otro. Las transformaciones sociales, históricas y culturales habían afectado a los individuos de las sociedades occidentales modernas inclusive en lo más íntimo. Como ha señalado Anthony Giddens, se habían transformado las conductas sexuales, amorosas y eróticas. Una importante consecuencia de ello fue que se destaparon las potencialidades que tienen las relaciones que suponen una igualdad en el plano sexual y emocional. Tanto la naturaleza de la intimidad como la de la propia identidad cambiaron cuando la democracia llegó a los dominios de la intimidad.

La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas, el libro de Giddens, fue publicado en 1992, cuando se estaba incubando un terremoto que alteraría la vieja distinción entre lo público y lo privado y con ello la noción de intimidad. Lo íntimo que antes era poco menos sinónimo de secreto comenzó a hacerse público vía Internet³. En el libro *La intimidad como espectáculo*, Paula Sibilía reflexiona sobre la tendencia a exhibir lo que antes se consideraba como íntimo. Esto ha dado lugar a una curiosa paradoja: se muestra lo íntimo porque es lo que más se valora, pero lo íntimo ha dejado de serlo porque se ha difuminado la línea que lo separaba de su opuesto, lo público. El pudor, lo oculto, los secretos de familia dejaron el santuario de la intimidad. Mostrarse como sea es la divisa que predomina en nuestra época. Y hoy, en el siglo XXI, el complicado concepto de *extimité*, cuya dificultad me ha permitido cierto lucimiento, llega con sordina a los oídos de sociólogos, antropólogos e incluso psicoanalistas contemporáneos (Taubes, 2001). Sirve para indicar la tendencia, expresada de manera ubicua en las redes sociales, de hacer públicos asuntos que, hasta no hace mucho, eran considerados como exclusivos de la intimidad.

Es evidente que se ha recorrido un largo trecho desde los inicios de la *talking cure* y del estreno de *Casa de muñecas*. La magnitud y la rapidez de los grandes cambios ocurridos alrededor del nuevo milenio y las exigencias de las patologías a las que he llamado limítrofes han impulsado importantes modi-

3 Sectores de la comunidad psicoanalítica abogan por la utilización de las nuevas tecnologías en el *setting* analítico (Lemma, 2015).

ficaciones en la práctica clínica. Los artículos sobre técnica de 1912-13 que presuponían un observador externo y, a veces, omnisciente, no se avienen a la horizontalidad y el talante participativo de la actualidad. Además, las propuestas conceptuales y técnicas del paradigma de la hipercomplejidad extienden los alcances de la sobredeterminación y ponen el énfasis en la ambigüedad, incertidumbre e indecidibilidad frente a los datos a partir de los que se infieren los procesos psíquicos. Esto en cuanto a la teoría y a la técnica.

En lo que atañe a nuestras realidades institucionales, hace ya un buen número de años Robert Wallerstein propuso la noción de “terreno común” (*common ground*). De ese modo respondía a la pregunta con la que tituló en su alocución presidencial en el Congreso de Montreal de 1987 “One psychoanalysis or many?” (¿Un psicoanálisis o muchos?). La globalización ha potenciado la proliferación de teorías y de escuelas cuya coexistencia no es siempre pacífica. Nuestro actual presidente, Stefano Bolognini, comenta en su libro *Secret passages* acerca de los puntos que existen en el eje que une los extremos polares “intrapsíquico” e “interpsíquico” y que son tan innumerables como los puntos de la paradoja de Zenón. Y si a eso añadimos las diversas definiciones de la contratransferencia —Bateman y Holmes (1995) han consignado no menos de siete, por supuesto todas de analistas anglosajones—, el asunto se complica.

Pero si nos ceñimos a lo básico, coincidiremos en que la situación analítica facilita la expresión de: 1) pulsiones con fuerte carga instintiva —es decir “innatas, atávicas y endógenas”, según la distinción establecida por Jean Laplanche— vinculadas a la temprana relación madre-infante y a las relaciones sexuales, 2) pulsiones con modulaciones “adquiridas y epigenéticas” como las vinculadas a la relación paterno-filial y 3) afectos cercanos a la amistad⁴ —recuerdo aquí el “eros terapéutico” de mi maestro Carlos Alberto Seguin— presentes en la transferencia positiva o en la alianza terapéutica. Dicho de otro modo, los aspectos de la intimidad propia de los vínculos entre madre e infante, padre e hijo(a), amantes o amigos son el telón de fondo del quehacer analítico. El encuadre, la técnica y la ética profesional señalan los límites de la intimidad analítica que no debe tornarse en maternaje, relación sexual, dominio autoritario o colusión complaciente.

4 Claudio Eizirik se refiere a la amistad de transferencia, propuesta por Kancyper (2003), como contrapunto a la noción de amor de transferencia, una transferencia positiva sublimada que favorece la alianza terapéutica. De no mediar las resonancias teológicas se podría mencionar el “amor sin concupiscencia” de Pascal.

Pero es igualmente necesario trascender un enfoque meramente “objetivo”: la situación analítica es el encuentro de dos subjetividades. No sé si, como afirma Donnel Stern, un analista relacional de tradición sullivaniana, los significados surgen en el *setting* catalizados y co-construidos en y por la relación vincular. Me parece que la idea del campo dinámico de Willy y Madeleine Baranger, que en cierta medida condensa su visión de la situación analítica, gestada en parte importante en diálogo con pensadores latinoamericanos, permite ir más allá de la dialéctica entre la transferencia del analizado y la contratransferencia del analista. Desde la vertiente del analista cabe subrayar dos actitudes que desempeñan una función capital en el proceso psicoanalítico. El *holding* que facilita la superposición de dos espacios de juego y el *containment* que puede incluso dar acceso a la difícil posibilidad de que analista y paciente compartan la experiencia emocional de *at-one-ment*. (Winnicott, 1971; Bion, 1967).

También, no hay que olvidarlo, se va al analista para encontrarse con uno mismo. Para ello, los límites entre ambos participantes deben estar claramente marcados. En el *setting* se da el encuentro de dos soledades. No estoy hablando de la verdad de Perogrullo de que la intimidad propiciada y arropada por el *setting* no significa la supresión de una distancia profesional, y que en la relación psicoanalítica no se da una intimidad “real” y concreta entre ambos participantes, es decir, de la paradoja de la intimidad sin intimidad del análisis. Me refiero a aquellos procesos de cambio que se pueden dar si y solo si el paciente sabe que está solo.

Dos instancias en las que está en juego la intimidad pueden servir para aposentarnos en lo concreto. Una brevísima referencia a un film y una viñeta clínica más breve aún. Decía al principio que en el lenguaje cotidiano la expresión “relaciones íntimas” alude a las relaciones sexuales. Al subrayar la equivalencia intercorporal/interpsíquico en relación a las áreas de pasaje, Stefano Bolognini propone que una de las formas de la comunicación propia de lo interpsíquico tal vez tenga que ver con una cópula deseada y aceptada, con el íntimo acoplamiento entre las membranas mucosas. Si entiendo bien, esto tendría que ver con la ilusión de compartir sexualmente lo íntimo respetando las fronteras de cada quien. En la película *Intimacy*, basada en textos de Hanif Kureichi, las sucesivas escenas de los encuentros sexuales semanales, casuales y anónimos, revelan cada vez menos detalles físicos y más las emociones de Jay, quien se enamora e inicia un proceso de autodescubrimiento emocional que lo lleva a buscar una intimidad compartida que no termine a pesar de que el goce, una experiencia íntima, lleva al repliegue narcisista.

Y, yendo al plano clínico, un paciente diagnosticado como esquizofrénico formaba parte de un grupo terapéutico que yo coordinaba. Una fría mañana londinense coincidimos en la entrada al hospital. Le sonreí inclinando la cabeza. Me sorprendió que me devolviera la sonrisa y que me saludara levantando el brazo. Al iniciar la sesión me dijo, mientras se agarraba el brazo con el que me había saludado: “he perdido el brazo, no está”. El encuentro fortuito fuera del encuadre y mi sonrisa boba lo habían llevado a hacer un gesto aparentemente espontáneo que reflejaba una intimidad fuera del consultorio que no podía quedar impune. Como apunta Leslie Farber, tal vez lo que consideramos miedo a la intimidad en el esquizofrénico podría ser mejor entendido como miedo a perder la intimidad (Hirsch, 1982). Si el primer ejemplo ilustra el miedo a la intimidad, el segundo el miedo a perderla, el Scylla y el Charibdis en que puede fracasar la travesía analítica.

Referencias bibliográficas

- Balint, M. (1959). *Thrills and regressions*. Londres: Hogarth.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1969). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Bateman, A. y Holmes, J. (1995). *Introduction to Psychoanalysis, Contemporary Theory and Practice*. Londres: Routledge.
- Bertolini, M. y Neri, F. (2012). *Essere nel lavoro psicofisico presimbolico e stato precario del sé*. Revista “Psicoanalisi”. Asociación Italiana de Psicoanálisis.
- Bollas, Ch. (1989). *The Shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Unknown*. Nueva York: Columbia University Press.
- Bion, W. (1967). Notes on memory and desire. En: *Psychoanalytic Forum.*, Vol. 2, N° 3.
- Bolognini, S. (2011). *Secret passages: The theory and technique of interspsychic relations*. Londres: Routledge.
- Bourdin, D. (2002). “Agonie, clivage et symbolization” de René Roussillon. En: *Revue française de psychanalyse*. 1/2002 (Vol. 66), pp. 265-269.
- Corrigan, E. y Pear-Allen G. (eds.). (1995). *The mind object: Precocity and Pathology of Self-Sufficiency*. Londres: Karnac.
- Freud, S. (1911). Formulations on the two principles of mental functioning. En: *S.E. XII*. Londres: Hogarth.
- Giannakoulas, A., Armellini, M. y Fabozzi, P. (eds.). (2000). *Sé tra clinica e teoria. La tradizione winnicottiana*. Roma: Borla.
- Giddens, A. (1992). *The transformations of intimacy*. California: Stanford University Press.
- Green, A. (2010). *De locuras privadas*. Madrid: Amorrortu.

- Hirsch, I. (1982). Aspects of pseudointimacy in the psychotherapy relationship. En: *Intimacy*. Eds. Fischer, Martin and George Stricker. New York: Plenum.
- Kancyper, L. (2003). *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*. Buenos Aires: Lumen.
- Loewald, H.W. (1988). *Sublimation*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Laplanche, J. (2013). Pulsión e instinto (trad. Deborah Golergant). En: *Alter. Revista de Psicoanálisis*. N° 1. Recuperado de www.revistaalter.com
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Strachey, A. (1941). A Note on the Use of the Word "Internal". En: *Int. J. Psycho-Anal.*, 22:37-43.
- Taubes, I. (2001). Entretien avec Serge Tisseron: cet obscur désir de s'exposer. En: *Psychologies*. Recuperado de <http://www.psychologies.com/Psychologies-Magazine>.
- Valery, P. (1930). *El Cementerio marino* (trad. Javier Sologuren). Recuperado de www.lamaquinadeltiempo.com
- Wallerstein, R. (1988). One psychoanalysis or many? En: *Int. J. Psycho-Anal.*, 69,5.
- Winnicott, D. (1958). *Through paediatrics to psycho-analysis*. Londres: Hogarth.
- _____. (1965). *The maturational processes and the facilitating environment*. Londres: Hogarth.
- _____. (1971). *Playing and reality*. Londres: Tavistock.
- _____. (1993). *La naturaleza humana*. Paidós: Buenos Aires.

Resumen

En su larga historia la palabra "intimidad" y sus derivados han recogido varios significados. El autor hace un recorrido por diferentes aproximaciones y usos del término "intimidad". Menciona la zona íntima en la que se da la articulación constitutiva de la psique con el soma, una zona *limítrofe* entre el infante y la madre; también la intimidad intrapsíquica en donde se instalan las fallas en dicho aposentamiento, dando lugar a patologías *limítrofes*. Como psicoanalista, se pregunta en qué medida las diferentes acepciones de "intimidad" conciernen a su profesión. Señala que la frontera de la dualidad intimidad-exterioridad se hace permeable, y que si la exterioridad está como incrustada en la intimidad, y la intimidad, abierta a la exterioridad, ambas son más bien una "extimidad".

Palabras clave: Intimidad, intrapsíquico, psiquesoma, subjetividad, vida

Summary

Through its long history the word "intimacy" and its derivatives have collected several meanings. The author explores different approaches and uses of the term "intimacy".

He mentions the intimate zone in which the constituent articulation of the psyche with the soma is given, a border area between the infant and the mother; also the intrapsychic intimacy where failures install, giving path to borderline pathologies. As a psychoanalyst, he wonders to what extent the different meanings of “intimacy” are of professional concern. He points out that the limits of the duality intimacy-exteriority are made permeable, and if exteriority is as if embedded in intimacy, and intimacy is opened to exteriority, then they both constitute an “extimacy”.

Key words: Intimacy, intrapsychic, psyche-soma, subjectivity, life.